
UN ANÁLISIS DE LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA EN LA ERA REAGAN

Alejandro Favela

Los cambios en la sociedad norteamericana. 1980-1988

El ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos representó el arribo de una corriente ideológica al poder distinta y alternativa a la tradicional clase política norteamericana. Se habló de Ronald Reagan como un advenedizo actor de películas de segunda clase que llega a ser presidente de Estados Unidos sin saberse cómo y por qué logró escalar tan altos puestos políticos. Se habla del carisma y el gran manejo de medios publicitarios de Reagan. En suma, las explicaciones de sentido común, respecto de Reagan y su cargo público, rara vez revelaron algo más que la identificación de Reagan como una mercancía más en una sociedad de consumo, vendido a los consumidores-electores mediante un sofisticado uso de propaganda. O bien, la alternativa explicativa, también de sentido común, llegó simplemente a identificar a Reagan, y lo que él significó, con las aspiraciones del americano medio.

Sin embargo, tras la aparición del fenómeno Reagan, es necesario buscar las causas que permitieron “a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”.¹ Reagan fue, ciertamente, el intérprete del norteamericano medio; pero también el encargado que preservó los intereses del gran capital norteamericano. Estas dos facetas no han sido ajenas a las tareas de cualquier presidente de Estados Unidos. La diferencia entre Reagan y sus inmediatos antecesores se da en el terreno de la revitalización del neoliberalismo económico frente al keynesianismo como doctrina económica, y en la sustitución de la distensión y de la coexistencia pacífica de los años setentas,

¹ Karl Marx, prólogo a la 2a. edición de “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” en *Obras Escogidas* de Marx y Engels en dos tomos, Editorial Progreso, URSS, tomo I, p. 227.

en la política exterior de USA, por el resurgimiento de la doctrina Truman² y el énfasis en el conflicto Este-Oeste como fórmula interpretativa de la realidad mundial.

De esta manera el rechazo al Estado asistencial y a la distensión son fenómenos que tienen que ser explicados, para poder dar cuenta de la magnitud real y el significado del ascenso de Reagan y del neoconservadurismo a la dirección política de la mayor potencia capitalista contemporánea.

La importancia estratégica de la guerra de las galaxias en la economía de los Estados Unidos

El ya largo periodo de crisis de la economía capitalista que se inicia a fines de la década de los sesentas³ y que se ha prolongado hasta nuestros días, se caracteriza por contar con periodos cortos de recesión y de repuntes, además de una permanente inflación moderada en los países centrales; ha evidenciado un creciente auge en economías como la germano-occidental y la japonesa, así como también una pérdida de competitividad internacional de la industria norteamericana.

Este fenómeno, que contrasta grandemente con el auge industrial norteamericano de finales de la Segunda Guerra Mundial, tiene su explicación en "la clara reducción de los índices de crecimiento de la productividad del trabajo que se registra en los principales países capitalistas a partir de mediados de los años sesentas".⁴

² José A. Silva Michelena, *Política y bloques de poder*, Ed. Siglo XXI, México, 1985, pp. 55 y 79.

³ "Los años del neocapitalismo han terminado después de 1967. Hemos entrado en una onda larga que conocerá una expansión más lenta, más sacudida, entrecortada por crisis cada vez más graves, que tenderán hacia una recesión generalizada en todo el mundo capitalista", p. 22. Ernest Mandel, *El dólar y la crisis del capitalismo*. Ed. Era, México 1974.

⁴ Arturo Guillén. "La crisis actual del sistema de regulación monopolista-estatal", en *Naturaleza de la crisis actual*. p.147.

Cuadro I
Tasas de crecimiento anuales medias de la productividad en los principales países capitalistas

	1960-73	1973-79	1979-83
Estados Unidos	2.1	0.2	0.4
Francia	4.9	2.9	1.3
R.F.Alemana	4.2	2.0	1.3
Japón	8.4	2.9	2.6

FUENTE: OCOF.

Citado en: *Naturaleza de la crisis actual*. Ed. Nuestro Tiempo, México 1986, p. 147.

Sin embargo, esta reducción en la productividad del trabajo se acusó más en la economía norteamericana, con lo que su industria fue cada vez menos competitiva. Tal situación derivó hacia la participación cada vez menor de la producción norteamericana en el mercado internacional⁵ y hacia la inundación de mercaderías japonesas y alemanas en el propio mercado doméstico de Estados Unidos, desplazando con ello la industria norteamericana en numerosos renglones de la economía mundial.

⁵ Ernest Mandel, *La crisis 1974-1980*. Ed. Era, México 1980, en la p. 203. Además Mandel consigna que en exportaciones totales a dólares corrientes entre el año de 1977 y 1978 la República Federal Alemana exporta más que Estados Unidos, p. 204, y explica: "El retroceso de Estados Unidos no se debe esencialmente a su dependencia con respecto a las importaciones de petróleo. Se basa en una progresión mucho más lenta de la productividad del trabajo industrial en Estados Unidos y una tasa de inversión mucho más baja, o sea en el envejecimiento relativo del aparato de producción norteamericano con respecto al de sus principales competidores" p. 128. Las conclusiones a que llega Gérard de Bermis no son distantes de las expresadas por Guillén y por Mandel, ya que para él, "el debate sobre la política industrial que se lleva a cabo desde el inicio de la era Reagan no es únicamente una crítica al monetarismo. En sí, demuestra la profundidad del movimiento de desindustrialización en marcha en Estados Unidos, lo que quiere decir que la economía internacionalmente dominante no pudo impedir que su sistema productivo sea desintegrado por la crisis". Propuestas metodológicas para un análisis de la primera fase del trabajo de crisis en la crisis del modo de regulación. En *Naturaleza de la actual crisis*, p. 181.

Cuadro 2
Participación porcentual de los principales países imperialistas en la exportación mundial de productos manufacturados

	EUA	RFA	JAPON	FRANCIA
1986	20.1	19.4	10.6	8.2
1970	18.5	19.8	11.7	8.7
1972	16.1	20.2	13.2	9.3
1974	17.2	21.7	14.5	9.3
1976	17.2	20.5	15.6	9.7
1977	15.5	20.7	15.4	9.9
1978	16.1	20.8	15.8	10.1
3er. trimestre				

FUENTE: *Nacional Economic Review*, Noviembre de 1978.

Este deterioro creciente de la planta industrial estadounidense no es homogéneo. Existen ramas industriales que no se sujetan a la competencia internacional y en las cuales las ventajas tecnológicas corresponden a Estados Unidos. Las industrias aeroespacial y nuclear son las más significativas, puesto que son industrias ligadas muy estrechamente con proyectos militares y que para su desarrollo requieren grandes inversiones en ciencia y tecnología, a más de no exigir una alta rentabilidad en lo inmediato. Estas ramas industriales son hasta el momento el coto privilegiado de la Casa Blanca y del Pentágono.

Se puede considerar las industrias aeroespacial y nuclear como prioritarias, cuando menos en tres sentidos:

- a) En tanto que frente a los países socialistas significan un estímulo a la carrera armamentista; con ello obligan a incrementar los presupuestos militares de los países del Pacto de Varsovia, restando con ello la inversión en bienes de consumo para sus poblaciones y distrayendo valiosos recursos científicos para una economía militar y por tanto no productiva.

- b) Ante los países capitalistas aliados de Estados Unidos los adelantos en estas ramas industriales tienen un doble significado: por una parte evidencian la dependencia militar de los países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) respecto de Estados Unidos, conservando así el Pentágono la hegemonía dentro de la OTAN; por otra parte hace entrar a estos países en una competencia por la aplicación pacífica de las industrias nuclear y aeroespacial, en las que las compañías norteamericanas tienen una ventaja comparativa importante en desarrollo tecnológico, por lo que pueden aspirar a una mayor rentabilidad.
- c) En el interior de la propia economía norteamericana estas dos ramas industriales se han convertido en los sectores industriales de punta capaces de generar una reactivación amplia de la economía por la gran diversidad de insumos que requieren. Esto es, la inversión en la industria aeroespacial sobre todo ha mostrado que genera un efecto de cascada en sectores importantes de la economía norteamericana susceptibles de reactivación.

A la luz de las consideraciones anteriores, es clara la importancia que el gobierno norteamericano dio al proyecto de taxis espaciales, desde mediados de la década de los setentas. La importancia de la industria aeroespacial es político-estratégica dentro de un esquema mundial de bloques de poder; es importantísima en su aspecto económico al constituir el sector de punta y dinamizador de la economía norteamericana.

La industria aeroespacial presenta la característica de poder ser incluida dentro del presupuesto del gobierno norteamericano, en el rubro de gastos de defensa, lo cual tiene una gran significación en un país donde la opinión pública se orienta hacia corrientes neoliberales en la economía y conservadores en lo político. Esto se debe a que la subrogación de cuantiosos contratos a la industria privada, bajo el manto de gastos militares, aparentemente no contradice el credo neoliberal de la no intervención gubernamental en la economía, permitiendo inyectar grandes cantidades de dólares a la empresa privada para estimular la reactivación económica norteamericana, al tiempo que refuerza la imagen del gobierno frente al pueblo norteamericano, como un gobierno preocupado por la libertad y por el mundo libre a costa del fantasma del comunismo "expansivo" y "totalitario".

Ahora bien, la modalidad de la política económica ensayada por Ronald Reagan tuvo, como límites restrictivos de distinta magnitud, un enorme déficit comercial resultado del deterioro de la competitividad de la industria norteamericana y un también gigantesco déficit presupuestal.

Ambos déficit, evidenciaron problemas sociales de primera magnitud relacionados con los gastos de defensa. El déficit comercial significó, por una parte la baja competitividad de la industria norteamericana, y, por otra, la entrada en el sistema comercializador de Estados Unidos, de productos europeos y asiáticos que desplazan las mercaderías norteamericanas. Esta competencia comercial por el mercado norteamericano provocó recesión y quiebra de numerosas empresas norteamericanas, lo que ocasionó desempleo y desinversión.

Por su parte, el déficit fiscal norteamericano reveló que, ante la imposibilidad económica de reducir los gastos de defensa porque significó estimular una recesión generalizada en la economía estadounidense, fue necesario volver austero el presupuesto federal en el renglón de gastos de servicios humanos y de salud. En tanto que del año 1975 al año 1981 el porcentaje del producto interno bruto destinado a servicios asistenciales fue notoriamente mayor que el destinado a gastos militares, en los años 1982 y 1983 ambos rubros tuvieron la misma magnitud respecto al producto interno bruto (PIB)⁶ ¿Significa esto que el gobierno de Ronald Reagan privilegió la defensa de Estados Unidos sobre la atención a los sectores sociales estadounidenses mas pobres? Aparentemente sí. En una primera lectura pareciera que la confrontación con la Unión Soviética, la carrera armamentista y la política exterior de Estados Unidos fue priorizada por Reagan, en detrimento de los sectores marginados, principalmente negros e hispánicos de la población.

Sin embargo, al recordar que los gastos de defensa se convirtieron en inversión, en empleo, en ganancias para empresas norteamericanas, se evidenció el carácter de clase del Estado norteamericano que sacrificó a sus ciudadanos de segunda clase para financiar la burguesía y estimular el empleo, el gasto y el consumo de sus ciudadanos de primera clase, todo ello justificado por el temor al fantasma con bombas termonucleares rusas.

⁶ Cfr. Arturo Guillén. *Op. cit.* p. 146.

De esta manera, el proyecto guerra de las galaxias fue en efecto un proyecto estratégico para el desarrollo industrial de Estados Unidos, que además tuvo la virtud de revitalizar las conciencias conservadoras de los electores y preocupar a los dirigentes soviéticos. En suma, se trató de un negocio redondo.

La ideología neoconservadora y su predominio en la sociedad estadounidense

Los cambios en la economía mundial y los ajustes en la producción norteamericana tuvieron su correlato en las formas de percibir la realidad. En Estados Unidos estas modificaciones se han traducido en una revitalización de corrientes ideológicas conservadoras, permanentemente presentes en la sociedad norteamericana, pero que, con nuevos bríos intentaron conformar, a la luz de “los fracasos del Estado asistencial”, una propuesta social que permita “hacer nuevamente grande a Estados Unidos” (Reagan).

La corriente neoconservadora, que encontró en Reagan a su máximo paladín, es definida por Habermas como

... el resultado de la asimilación de frustraciones [...] los neoconservadores asimilaron la derrota en Vietnam y la política de distensión de Kissinger con el sentimiento de que la resistencia norteamericana contra el comunismo internacional había quedado paralizada debido a una suerte de desarme moral.⁷

De esta manera la revancha del hombre normal norteamericano⁸ se identificó con la vuelta de los valores que “hicieron grande” a Estados Unidos.

Las causas políticas que fortalecieron el vigor de la ideología neoconservadora se fundaron en un sentimiento de debilidad frente al enemigo de la sociedad —el comunismo— y en la pérdida de los valores morales, básicamente el de la familia. Dentro de esta concepción maniquea se identificaron rápidamente los enemigos: los comunistas y los disidentes internos;

⁷ Jürgen Habermas, “Crítica a la cultura de los neoconservadores”, en *Nexos* 77, mayo de 1984, México, p. 8.

⁸ Cfr. Alain Finkielkraut, *La nueva derecha norteamericana. Revancha y utopía*. Ed. Anagrama, España, 1982, en especial pp. 11-17 y 43-55. Finkielkraut para sintetizar los temas discursivos del neoconservadurismo dice “son partidarios de una limitación de los controles sobre la economía, de la afirmación de los valores de la familia y de votar créditos suplementarios al Pentágono”, p. 59.

pero también se diseñó una acción inmediata: el combate contra esos elementos peligrosos para el sistema norteamericano de vida.

Con esta concepción simplista de la realidad es entendible el por qué se requirió, en la presidencia de Estados Unidos, no un político, si no un actor que representara los papeles de líder, de vaquero y de "vengador anónimo". Atribuir a Reagan el papel de intérprete de los sentimientos y frustraciones de los estadounidenses fue darle el papel de ideólogo que no tuvo y sería caer en el error de confundir la función del escritor del libreto con la del mediocre actor y comentarista de beisbol.

Sin embargo, el neoconservadurismo es un fenómeno social contemporáneo de enorme significación política, ya que, de una parte, da cuerpo a una corriente crítica de la forma estatal predominante desde finales de la Segunda Guerra Mundial en los países capitalistas, mediante su rechazo a las políticas keynesianas, proponiendo, e imponiendo en muchos casos, soluciones de carácter neoliberal en la economía, de otra parte, propuso que en materia de política internacional Estados Unidos adoptara medidas que en apariencia recordaron las de la guerra fría.

Es importante señalar que bajo esta caracterización es fundamental lograr distinguir, de la forma en que se presenta el neoconservadurismo en Estados Unidos, lo real de su contenido y acción. El neoconservadurismo reaganiano fue la forma de presentar una gestión estatal, carente de un contenido propio y distinguible, no fue diferenciable de cualquier otra opción viable con acceso al poder en el Estado norteamericano. La política del equipo Reagan fue la forma de presentar un ejercicio público que satisfizo al electorado estadounidense, en tanto llenó un aspecto ideológico, el de la competitividad: ser el número uno.

Pero también en materia económica funcionó bien, en tanto propulsor de una política económica que favoreció la acumulación privada, preferentemente la de los grandes monopolios.

Ahora bien, el neoconservadurismo es una crítica al enfoque keynesiano del capitalismo, que exige una retirada del gobierno de la actividad económica. Esta propuesta del neoliberalismo económico implica el fortalecimiento de aquellos grupos económicos y sectores sociales que durante

el periodo de auge económico lograron acceder a posiciones de predominio y consolidarlas. En otros términos, el neoconservadurismo en el poder del Estado implica la imposición de políticas económicas para la “depuración de la ineficiencia” durante la crisis por la vía de la competencia en el mercado, excluyendo la intervención del Estado en la economía bajo directrices de orientación keynesiana.

Esta situación, en una economía dominada por monopolios y corporaciones, se tradujo en una vigorización de la competencia, en la cual grupos sociales y empresas no dominantes tienen que pagar el precio de la depuración capitalista.

Sin lugar a dudas, la ideología neoconservadora bajo esta perspectiva es un proyecto tendiente a acrecentar las diferencias sociales, regionales y nacionales, constituyéndose en una propuesta de élite. Sin embargo, la paradoja que encierra el neoconservadurismo norteamericano es que se presenta como una propuesta democrática que accede al poder por la vía electoral.

Las causas de este fenómeno son diversas; enumeraremos las más significativas en términos políticos:

- a) La naturaleza del sistema político norteamericano, dominado por dos partidos políticos sin reales y significativas diferencias en cuanto a su contenido programático, así como tampoco respecto de sus elementos componentes.
- b) La mayor importancia, frente al electorado, de la personalidad y del modo como los políticos que presentan el contenido específico de sus programas y acciones.
- c) El neoconservadurismo rescata como válido el sentido común de la población; con ello logra presentar la imagen de congruencia entre Estado reaganista y sociedad civil.
- d) El neoconservadurismo posibilita al político posiciones y actitudes beligerantes y agresivas como forma de afirmar la fortaleza de la nación frente a sus “enemigos”, dando la apariencia de partir, en esas actitudes

y acciones, de la tradición y los valores asumidos como válidos por la sociedad estadounidense.

Ahora bien, ¿cuál es la congruencia entre este tipo de fenómenos y la caracterización antes referida que ofrece Habermas del neoconservadurismo?

En primer lugar hay que señalar que el desarme moral al que alude Habermas, Reagan lo sustituyó por una aparente fortaleza que se nutre de la inagotable potencia de Estados Unidos, basada en la libre empresa y en sus tradiciones democráticas. Eliashev expresó esto de la siguiente manera:

Se ha dicho y reiterado que la idea Reaganiana de la libertad es vaga y simplista [...] Carter era profundamente antipático a la gente [...] porque se había atrevido a reiterar que los Estados Unidos debían admitir la realidad de un mundo de expectativas limitadas. Sin embargo Reagan proponía que no lo deberían ser en el futuro: *let's make America great again.*⁹

En la formulación de Reagan se encontró el presupuesto de que Estados Unidos había sido grande y lo podía volver a ser; la cuestión radicaba en saber ¿quiénes permitieron que se lesionara la hegemonía norteamericana? El por qué para los neoconservadores no fue importante, la cuestión fue cómo recuperar lo perdido. Si los jóvenes disidentes de los años sesentas limitaron el poderío norteamericano hay que restringir a los disidentes y excluir la pertinencia de la disidencia. ¿Cómo? Afirmando los valores tradicionales, fundamentalmente el valor de la familia y el de la competencia. Si con los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, lo lógico es atacarlos y destruirlos, eliminando primero cualquier tipo de representatividad que pudiera tener un movimiento de liberación nacional al encasillarlo con el epíteto de terrorista, reconociendo para estos solamente su efecto de violencia, la cual se asume como violencia contra Estados Unidos, de manera que la acción de Reagan se presenta como defensiva y por tanto legítima. Si es el expansionismo comunista lo que hay que frenar, la fórmula de Reagan fue muy sencilla: declarar, declarar y seguir declarando la fortaleza de Estados Unidos y su determinación de frenar el “expansionismo soviético” como lo hizo en Granada.

⁹ José Ricardo Eliashev. *Reagan, U.S. A. Los años ochentas*, Ed. Folios, México 1981, p. 15.

De esto resulta que la fortaleza moral de Estados Unidos y sus aparentes reconquistas hacia afuera se basaron en un nacionalismo a ultranza que no reconoció más límite que la fuerza misma, y que más que acciones reales de poderío es ideología para el consumo interno de la sociedad norteamericana.

Bajo estas consideraciones, el neoconservadurismo norteamericano, más que inscribirse en una propuesta alternativa a una crisis de ingobernabilidad¹⁰ de las sociedades de desarrollo capitalista, se presenta como una respuesta ideológica y, finalmente, demagógica de los políticos norteamericanos para justificar su presencia en el gobierno estadounidense.

Tal hipótesis se puede fundamentar en los siguientes puntos:

- a) La economía norteamericana, independientemente del credo económico de los neoconservadores, se encuentra ante problemas de orden estructural que evidencian su pérdida de dinamismo general, y que la enfrentan a la competencia interimperialista en condiciones mucho menos favorables que las existentes hace treinta años. La industria manufacturera norteamericana ha perdido competitividad y evidencia atrasos tecnológicos que originan cierre de empresas en el cinturón del hielo y generan, en consecuencia, problemas sociales que antaño eran factibles de solucionarse por la vía de la acción estatal. La opción neoconservadora, ante la imposibilidad de darles respuesta, simplemente niega que esos problemas sean de la competencia del Estado. Convierte así un virtual fracaso en evidencia de fortaleza, por la vía de la renuncia a enfrentar el problema. Y a esta táctica la llama austeridad estatal.
- b) La política exterior de Estados Unidos, bajo el mandato Reagan, lo convirtió en el "campeón" de la libertad a través de revitalizar la contención, desechando la distensión frente al comunismo. Sin embargo las victorias de Reagan fueron pírricas ya que se ubican dentro de países de su propia área de influencia de menos de cuatro millones de habitantes y no ligados política y militarmente al bloque de países socialistas. Los resultados se enmarcaron en acciones de gran cobertura publicitaria;

¹⁰ Cfr. Luis Aguilar, "Estado, Régimen y Sistema Político" en *Teoría y política en América Latina*, Ed. CIDE, México, pp. 205-219.

pero de escaso significado geopolítico. En relación con la Unión Soviética, además de las innumerables declaraciones y de la llamada guerra de las galaxias,¹¹ no hubo más que una relación distante, fría y de recelo.

- c) La política financiera y comercial respecto de los países tercermundistas y europeos, que siguieron las agencias económicas estadounidenses, respondieron más a la lógica del gran capital monopolista que a los lineamientos de alguna política orientadora de dicha acción. En este sentido, el logro neoconservador podría apuntarse en presentar la cruda expoliación económica, bajo el manto de una cierta racionalidad económica. En este aspecto la ideología neoconservadora cumple su cometido en la acepción peyorativa de ideología, ya que es simple y llanamente la encubridora, racionalmente presentada, de intereses de clases fácilmente identificables. Los casos más palpables han sido el FMI para los aspectos financieros, referidos a la deuda externa de los países tercermundistas; el proteccionismo encubierto en cuotas y negociaciones bilaterales de los países capitalistas y la obligatoriedad del libre cambio para las naciones subdesarrolladas, todo enmarcado en el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT).

De esta manera el poderío estadounidense se entiende como imposición y la "grandeza" del país radica en su fuerza. De lo cual resulta que las relaciones exteriores norteamericanas se han orientado por el uso de la violencia y no por las normas del derecho. Esto dio como resultado que Reagan pareciera ser un crítico feroz de las normas jurídicas y no un simple delincuente internacional, ya que las violó flagrante y reiteradamente. Un crítico del derecho internacional que, tras violarlo, quedó impune y sin cargos en su contra.

¿Reagan fue un crítico del derecho internacional o un evidenciador de la inoperancia de un derecho carente de capacidad coactiva? De cualquier manera, la política exterior de Estados Unidos en la era Reagan hace reflexionar en torno a la naturaleza y el alcance del derecho; señala la vinculación entre política y derecho y, además, remitió a la necesaria relación entre norma jurídica y aparato que le da eficiencia a la primera.

¹¹ Cfr. E.P. Thompson, "La guerra de las galaxias: fase superior del reaganismo". *La Jornada Semanal* del 27 de abril de 1986.

Reagan como crítico del derecho se ubicaría en esta última línea, ya que ante la existencia del aparato lo activó, evidenció la inutilidad de una norma basada en la buena voluntad inscrita en un mundo de intereses particulares que pueden recurrir a la violencia cuando la correlación de fuerzas les es favorable.

La violación de las normas jurídicas internacionales, por parte del Estado norteamericano, ha evidenciado la debilidad de ese Estado para imponer un derecho a su propia medida y necesidad. Mas la impunidad de que goza tras la violación del derecho internacional es también indicador de su poderío.

La seguridad nacional en la era Reagan. Los elementos que confluyen en la concepción de seguridad nacional estadounidense

La seguridad nacional trae a la mente, cuando se la invoca, cuestiones de orden militar y político, siempre que se asuma como válida la concepción de Clausewitz de la guerra como "continuación de la política por otros medios". Bajo esta inicial conceptualización la seguridad nacional "se refiere a las cuestiones de asuntos exteriores que según se cree afectan la supervivencia o la seguridad de la nación, lo que quiere decir, específicamente, la seguridad contra el ataque militar".¹² Siguiendo esta línea de razonamiento, Bernard Brodie señala que

... los intereses vitales norteamericanos no se encuentran en la realidad objetiva sino en las mentes de los hombres; es necesario repetir que no estamos hablando de algo trivial sino de algo por lo cual lucharemos. Estados Unidos tiene en todo momento un conjunto claro de políticas estratégicas, visibles y muy firmes, ligadas a políticas exteriores igualmente visibles con un núcleo de intereses vitales, también relativamente firmes. Estos intereses se identifican con facilidad mediante ciertos lemas, como los que expresan la necesidad de contener el comunismo y de resistir la agresión.¹³

De esta manera la problemática de la seguridad nacional en Estados Unidos, en la sociedad contemporánea hasta los años ochentas, fue asumida

¹² Bernard Brodie, *Guerra y Política*, FCE, México, 1978, p. 332.

¹³ Bernard Brodie, *op. cit.* p. 352.

como una cuestión bipolar, dando una gran pertinencia a la Doctrina Truman y centrando todo conflicto en el mundo en la disputa entre Washington y Moscú.

Esta concepción, vista desde Latinoamérica, es por demás ajena y, por si fuera poco, no corresponde a la experiencia histórica de nuestros países en su relación con Estados Unidos.¹⁴ Pero por el momento dejemos que sean los propios norteamericanos los que nos refieran su forma de percibir el fenómeno.

Arthur Shlessinger pone en boca de Kennedy el siguiente comentario respecto a la República Dominicana, luego del asesinato de Trujillo en 1961, ejemplo que tiene pertinencia para Haití y Filipinas en 1986:

Hay tres posibilidades en orden de preferencia descendente: un régimen democrático decente, una continuación del régimen de Trujillo o un régimen castrista. Debemos buscar la primera, pero en realidad no podemos renunciar a la segunda mientras no estemos seguros de que podemos evitar la tercera.¹⁵ Esta proposición fue acompañada más tarde por la invasión de marines en la Dominicana lo cual la convierte en válida también para la Nicaragua sandinista bajo la óptica de Reagan.

Otro ejemplo también es la explicación de Kissinger respecto de Chile en 1973:

Nuestra preocupación por Allende se basaba en la seguridad nacional, no en la economía. No se trataba de la nacionalización de propiedades norteamericanas [...] Allende no sólo estaba nacionalizando propiedades, expresaba su lealtad al marxismo-leninismo totalitario. Era un admirador de la dictadura cubana y un enemigo declarado del imperialismo norteamericano.¹⁶

Vistas las cuestiones de esta manera es claro que para Estados Unidos toda injerencia en naciones soberanas responde a una óptica de defensa de su

¹⁴ Para un análisis extenso de los conflictos o intromisiones de Estados Unidos en México, en particular, véase Gastón García Cantú. *Las invasiones norteamericanas en México*, Ed. Era, México, 1974.

¹⁵ Arthur Shlessinger A., *A Thousand days*, p. 769, citado por Tony Smith en *Los modelos del Imperialismo*, FCE, México, 1983, p. 209.

¹⁶ Henry Kissinger, *White House Years*, pp. 655-656, citado por Tony Smith, *op. cit.* p. 208.

seguridad nacional. Así lo evidenció también el discurso de Reagan para justificar el ataque a Libia y la invasión a Granada. "Son asuntos de seguridad nacional": contra este argumento no hay razón o derecho que valga. Se trata de defender los intereses vitales de la nación y, por si fuera poco, se actúa defensivamente ya que todas estas acciones fueron una respuesta a la agresividad del comunismo expansivo.

Toda la formulación de la seguridad nacional bajo la óptica estadounidense respondió a la ubicación del problema en el ámbito militar dentro de una lucha de dos superpotencias, enmarcada en una concepción geopolítica.

A todas luces esta concepción dominante en Estados Unidos excluye una visión de carácter económico, social y regional. Sin embargo, esta visión claramente parcializadora de la realidad se funda en el poderío bélico que le otorga pertinencia histórica y, por ello, es importante analizarla, no en cuanto concepción, sino en tanto instrumento político de acción.

La seguridad nacional frente a la potencia socialista en la era Reagan

La crítica norteamericana respecto de la Unión Soviética se basa, económicamente, en señalar la inexistencia de libertad de empresa; no se critica la propiedad social sino en el sentido de que restringe la libertad individual y la propiedad, atribuyendo a este hecho la ineficiencia producto de la burocratización y la falta de estímulo a la competencia individual. En el ámbito político de la crítica por carecer de elecciones libres y de partidos políticos distintos al comunista, se la califica de totalitaria. En cuanto al ámbito militar, se asigna a la Unión Soviética una vocación expansionista y beligerante, dotada de arsenales nucleares y que no desaprovecha oportunidad para intentar imponer Estados títeres y opresivos en los países tercermundistas; que cuenta con esbirros en todo el mundo, dispuestos a entregarse ellos mismos, y a sus países, en manos de los rusos.

Así concebida la Unión Soviética, como el lado oscuro de un espejo, en donde Estados Unidos ve su imagen idealizada y la contrasta en negativo. Es fácil entender toda la ideología con que se hace cualquier análisis evaluativo de la realidad mundial, no para explicar sino para justificar el papel de defensor del "mundo libre". Estados Unidos es, en su propia versión, un

paladín de la justicia y, por tanto, cualquier acción tendiente a detener el expansionismo soviético es correcta. No merece ser explicable: es bueno y justo en sí mismo.

La visión que Estados Unidos tiene de su misión histórica recuerda mucho la que Fray Juan de Torquemada reconocía para la suya propia, cuando se encontraba al frente de la Inquisición en la Nueva España. Esta analogía no es gratuita puesto que en el pensamiento político norteamericano hay mucho de religioso. Baste recordar que es una nación fundada por evangélicos y puritanos cuya tradición no se ha perdido, sino que se le ha remozado y adaptado en forma de “destino manifiesto”.

El maniqueísmo en la política y concepción política norteamericana es una constante que se eslabona perfectamente con su pragmatismo económico. Uno y otra son caras distintas de una misma moneda; como visión de una nación con capacidad de destruir el planeta es, por demás, riesgosa para la humanidad en su conjunto.

El maniqueísmo político norteamericano se ha expresado, desde finales de la Segunda Guerra Mundial, como una guerra fría sostenida por una carrera armamentista que solamente tuvo un respiro bajo la llamada coexistencia pacífica. Sin embargo, al llegar Reagan a la Casa Blanca, la distensión se entendió como una debilidad moral de Estados Unidos que no tenía razón de ser si los norteamericanos querían estar a la altura de su destino manifiesto.

La guerra de las galaxias fue la estrategia de Reagan para recuperarse de una supuesta inferioridad militar frente a los soviéticos. Por lo menos así fue promocionada. No mantener pláticas de desarme, en tanto no tuviesen una clara superioridad bélica, fue la táctica.

Todos los proyectos de desarrollo militar formulados por el Pentágono en los últimos años, dejando de lado las declaraciones por lo demás demagógicas respecto del peligro rojo, hicieron patente que entre la Casa Blanca y el complejo industrial militar existe un entendimiento mutuo y una coincidencia de intereses, para lo cual fue muy conveniente difundir la imagen de un oso de las estepas presto a agredir las democracias occidentales.

Es pertinente señalar que desde los análisis de W. Mills en la *Élite del poder* y los de W. Donhoff en *¿Quién gobierna los Estados Unidos?* es conocida la vinculación entre Pentágono e industria militar. Lo novedoso de esta situación en la era Reagan es la preponderancia de la industria aeroespacial en dicha relación, y en que la vinculación entre monopolios y gobierno federal, se estableció a través de la industria aeroespacial, descuidando la relación con el resto de la burguesía norteamericana, la cual se vio excluida de los más grandes contratos.

Esta situación, que hemos señalado en un punto anterior, corresponde a una estrategia de política económica, pero es aquí donde aparece el contenido de los negocios en la formulación de la política exterior de Estados Unidos, y en particular en la formulación de su propio concepto de seguridad nacional.

La seguridad nacional, para Estados Unidos, no ha sido y no puede ser, solamente guerra y política: es, antes que nada, negocios, ganancias. Si hacer volar el planeta o generar un fenómeno de invernadero es rentable y deja ganancias, lo van a hacer. La lógica de Estados Unidos y de Reagan en cuestión de seguridad nacional fue, antes que cualquier cosa, la lógica del capital: la ganancia, la rentabilidad de la inversión. Lo demás poco importa si no es negocio.

De esta manera la seguridad nacional en Estados Unidos, contrariamente a lo que señalan Brodie o Kissinger, es ciertamente político-militar, pero orientada por la economía. La acción político-militar que se presenta como defensa de la seguridad nacional es, antes que nada, y de manera directa o indirecta, promoción de los intereses económicos de la burguesía norteamericana.

Directamente cuando es la defensa de los intereses de los monopolios norteamericanos en los países tercermundistas. Indirectamente, cuando una confrontación con la Unión Soviética aparece como ineludible para fomentar la acumulación privada de los monopolios aeroespaciales dentro de una estrategia económica de revitalización tecnológica e industrial.

De esta manera seguridad nacional y economía son indisociables en la política de Estados Unidos.

Estados Unidos frente al terrorismo

La ideología neoconservadora se muestra, en la conceptualización de lo que ella denomina terrorismo, absolutamente incapaz de comprender una realidad social a la que califica pero no puede analizar. Ello será, en buena medida, la causa del reiterado fracaso político al enfrentar, en la práctica, ese fenómeno social.

Bajo el sustantivo del terrorismo, que funciona al mismo tiempo como adjetivo “descalificativo”, la ideología neoconservadora incluye fenómenos tan disímboles como movimientos de liberación nacional, movimientos guerrilleros, o grupos político-militares. Esto es, organizaciones como el Frente Sandinista de Liberación Nacional, ETA Político-Militar, Brigadas Rojas y Kemer Rojo son incluidos bajo una misma denominación, en tanto tienen como común denominador el uso de métodos violentos de lucha y reivindicación.

Si usan métodos violentos son terroristas, y si son terroristas tienen que ser aplastados. Bajo este razonamiento simple que no se preocupa por desentrañar las causas particulares de los distintos movimientos sociales, que elude el análisis de las distintas realidades políticas que nutren esos movimientos, resulta imposible entender y comprender el fenómeno de la violencia social. El único análisis que se permiten los neoconservadores es el análisis militar, el diseño de tácticas contrainsurgentes y por tanto, la única respuesta que pueden dar es la militar: enfrentar a la violencia social con la violencia de Estado.

Los casos más palpables en la era Reagan fueron los ataques contra Libia de Kadafi y el financiamiento a los contrarrevolucionarios de Nicaragua.

La ineficiencia del combate norteamericano contra el llamado terrorismo se funda en que se le enfoca como un problema militar. Los aparentes triunfos militares de Reagan no pasaron de ser estrategias publicitarias de una escasa eficiencia política. Pero si fueron ineficientes para resolver el problema que intentaron atacar, el terrorismo, ¿por qué se llevaron a cabo?

Es evidente desde Vietnam que el enfoque contrainsurgente de Estados Unidos no ha sido capaz de vencer militarmente a sus enemigos. Sin embargo,

la invasión a Granada, en 1983, y el ataque a Libia, en 1986, sí tuvieron efectos positivos en la política doméstica de Estados Unidos. Entre éstos, el más importante es el aumento de la popularidad de Reagan. En torno a esa popularidad se dio también una unificación nacional para validar un tipo de política internacional encabezada por los halcones en detrimento de las palomas. Ello permitió, por tanto, que si los diputados querían conservar sus escaños tenían que autorizar el incremento en el presupuesto de las partidas de defensa. ¿Quién fue el beneficiario indirecto de la popularidad de Reagan? Es obvio: los grandes monopolios de las industrias aeroespacial y militar en general.

Los simulacros de belicocidad de Reagan fueron la máscara que escondió un proyecto de política económica para recuperar la vitalidad productiva de Estados Unidos. De esta manera el liberalismo económico de Friedman no entra en contradicción con el intervencionismo estatal de Keynes, eludiendo el tener que pasar por el pleno empleo de Roosevelt, por la integración racial de Kennedy, por el asistencialismo social del estado de bienestar de Johnson o por los derechos humanos de Carter.

En este sentido, el mito del terrorismo fue una buca jugada de clase que refuerza políticamente a los neoconservadores y económicamente a los grandes monopolios, que han sido la base social y económica de sustentación de toda política neoconservadora.

Intervencionismo estatal en la economía, disfrazado de política militar, bajo el nombre de guerra de las galaxias; legitimidad y consenso interno enmascarado en nacionalismo y defensa de la democracia, bajo el título de lucha antiterrorista, fueron los recursos del gobierno de Reagan para instrumentar un pretendido y hasta ahora fallido remozamiento de la competitividad del capitalismo en Estados Unidos.

El tratamiento que los círculos gobernantes estadounidenses dieron al terrorismo tiene una particular importancia en Latinoamérica. El terrorismo, o lo que en él engloban desde Washington, en la perspectiva norteamericana se asume política y militarmente como una confrontación Este-Oeste, como un desafío de la Unión Soviética a Estados Unidos en su área de influencia. Vistas así las cosas, todo movimiento popular careció de significado regional, al tiempo que se anularon sus especificidades sociales.

El tratamiento globalizador de todo movimiento social en el Tercer Mundo en el periodo de Reagan, bajo el epíteto de terrorista, implicó, en buena medida, la ineficiencia del combate norteamericano a los movimientos sociales y armados de Latinoamérica. Políticamente, el discurso de Washington, al haber englobado como terrorista a todo luchador social, al entrar en contradicción con la realidad latinoamericana fue incapaz de ganar para su causa los sectores liberales que podrían haber sido un factor de apoyo local, con lo cual ese combate pudo haber ganado efectividad.

De la manera como lo planteó Washington, la política norteamericana hacia Latinoamérica se presentó como una cruda intervención en naciones soberanas, perdiendo cualquier tipo de legitimidad. Por ello, sin un apoyo local amplio y careciendo de alguna justificación válida, la lucha norteamericana antiterrorista se presentó cada vez más como una intervención, en la cual la única posibilidad de triunfo se basó en la invasión directa, con lo que el desprestigio norteamericano se acrecentó en el Tercer Mundo.

Por ello, el Pentágono diseñó una estrategia novedosa, denominada “guerra de baja intensidad” o guerra prolongada de desgaste que

... combinando elementos militares, políticos, económicos, psicológicos, de inteligencia y de control de la población, buscó fortalecer las fuerzas armadas de los países aliados y promover movimientos insurgentes contrarrevolucionarios que fueron la punta de lanza que resolvió el conflicto en favor de los intereses norteamericanos.¹⁷

Esta estrategia pudo, como en el caso de Nicaragua, no implicar una invasión directa, o, como en el caso de Panamá, sí contemplarla. Es una estrategia para el derrocamiento de gobiernos no gratos a Washington; constituye, de hecho, un complemento de la estrategia de Despliegue Rápido, empleada en Granada.

Dada esta situación de empantanamientos de la política exterior norteamericana, el equipo de Reagan diseñó acciones de lucha antiterrorista que resultaron ineficaces en lo militar, pero dejaron ganancia política, al menos

¹⁷ Lilia Bermúdez. *Guerra de Baja Intensidad*, Ed. Siglo XXI, México 1989, p. 13.

dentro de Estados Unidos. Tal fue el caso de la provocación en el Golfo de Sidra y el posterior bombardeo a Libia.

La lógica que guió esta política se basó en el razonamiento de que si Estados Unidos no puede ser ya el gendarme del mundo, los norteamericanos no tienen porque dejar de pensar en su país como el "número uno".

De esta manera la política norteamericana contra el terrorismo ha tenido las siguientes virtudes:

- a) es un instrumento óptimo para fortalecer el nacionalismo norteamericano;
- b) se da la impresión de contar con una política preocupada por contener al comunismo;
- c) presenta un bajo costo económico, de tal manera que es posible continuar destinando la mayor parte del presupuesto militar a la revitalización de la industria de punta norteamericana englobada en la guerra de las galaxias;
- d) al enfocarse a países de su propia área de influencia, evita una confrontación real con la Unión Soviética.

De esta manera el antiterrorismo norteamericano cumple una función aparente, en la política doméstica de Estados Unidos, de primera magnitud y logra dar cobertura a estrategias económico-sociales que, de haberse presentado en toda su crudeza podrían haber modificado la balanza electoral de Estados Unidos en 1988.

En este sentido, el reaganismo jugó, como elementos a su favor, con el sentido común y la desinformación del pueblo norteamericano.